MISION CULTURAL DE MADRID

POR

PEDRO LAIN ENTRALGO

Hace ahora veinte años, en un libro que luego ha corrido por ahí con cierta fortuna, describía yo la llegada a Madrid de los hombres que más tarde habían de integrar la «generación del 98»; y con motivo de recordar esa llegada, diversa en cada uno de ellos y semejante en todos, bosquejaba la de tantos y tantos jóvenes españoles, desde que Madrid existe como capital de España: «Sí, cada otoño ocurre. Son diez, veinte, ciento, entre los miles y miles de muchachos que entretienen su naciente ambición y su hastío adolescente sobre el reps triste y fatigado de los cafés provincianos: esos jóvenes que en su humilde estancia familiar, después de haber leído una novela sugestiva, un clásico latino o un tratado de Patología, sueñan posibles vidas espléndidas. Diez, veinte, ciento, entre todos ellos sienten crecer en sus almas un mismo deseo, cada vez más imperativo: ir a Madrid, triunfar en Madrid... A Madrid, a Madrid. Todos hacen su breve hatillo —un poco de ropa, algunos libros, tal vez un retrato familiar o amoroso—; todos toman su billete de tercera, se instalan en un pupilaje modesto, abren sus ojos a la delgada luz castellana y emprenden, bien provistos de las cartas de presentación que alguien les dió en el pueblo nativo, el albur decisivo y fabuloso de las primeras visitas. ¿Cuántos de ellos alcanzarán el lauro de vender pingüemente sus cuadros, o el privilegio de editar sus «Obras completas», o la modesta gloria cotidiana de adoctrinar historiadores, matemáticos, médicos en agraz? ¿Cuántos de ellos volverán heridos a su provincia nativa o consumirán su mediocridad, tal vez su resentimiento, en los cafés, en las viviendas sórdidas, en las covachuelas de este Madrid abierto y desgarrado?»

Quince años antes de escribir ese libro, una mañana del otoño de 1930, llegaba yo, indeciso joven provinciano, a Madrid, a este «remolino de España, rompeolas de las cuarenta y nueve provincias españolas» que cantó, o entrecantó, o refunfuñó don Antonio Machado; de las cincuenta y una provincias españolas, diríamos hoy. Desde entonces, Madrid me ha dado todo lo que podía darme. Yo, por mi parte, he enseñado en Madrid lo poco que sé, he pasado con más pena que gusto por el Rectorado de su Universidad y he consagrado a su realidad urbana, a lo que Madrid es como ciudad *sui generis*, alguna volandera reflexión. Ahora voy a hacer algo más: voy a decir, o a intentar decir,

cuando menos, no lo que Madrid es, sino lo que Madrid debe ser. Más precisamente, lo que en el deber ser de Madrid corresponde a esa compleja y sutil actividad de la vida humana que solemos llamar «cultura». Voy a exponer, en suma, mi idea de la misión cultural de Madrid. Mas no puedo iniciar esta personal meditación sin algunas precisiones iniciales acerca de los dos términos que ahora van a acercarnos a la siempre problemática realidad de nuestra capital: el término «misión» y el término «cultura».

Misión de Madrid. ¿Es que una ciudad puede tener «misión»? Las personas individuales la tenemos, y por esencia. La realidad de la persona es constitutivamente misiva, consiste —entre otras cosas— en tener misión, escribía hace años Xavier Zubiri. En la misión de cada hombre se entrelazan unitariamente su naturaleza (lo que ese hombre naturalmente es, el conjunto de sus talentos, aptitudes y deficiencias), su libertad (lo que ese hombre quiere y decide ser), su situación (el mundo en que él vive y actúa) y, en el seno de esas tres instancias, esa otra, misteriosa y no siempre bien perfilada, a que damos el hermoso nombre de «vocación». Aplíquese este esquema a la vida individual de cualquier hombre, y se decubrirá cuál es —mejor, cuál debe ser— su misión personal; misión que como zapatero o como filósofo él cumplirá fiel o infielmente, de manera egregia o de manera adocenada.

¿Puede ser aplicado este esquema a la vida de una ciudad? ¿Acaso las ciudades pueden tener vocación? Las ciudades, desde luego, tienen naturaleza. Como diría un filósofo escolástico, poseen una «naturaleza primera» (su suelo, su aire, su clima, el temperamento de sus gentes) y una «segunda naturaleza» (lo que habitualmente han llegado a ser a lo largo de su historia, los caracteres más o menos fijos y más o menos diferenciales de su vida social). París tiene su naturaleza, y Nueva York la suya, y Nápoles, y Brasilia. Y Madrid. Cuatro me parecen ser los tipos más extremos y puros de la naturaleza de las ciudades: la caverna, el vergel, la atalaya y el campamento. Hay por naturaleza ciudades-caverna, núcleos urbanos acogidos a un accidente cósmico que les cobija y defiende. Hay también, y basta el nombre para entender la cosa, ciudades-atalaya y ciudades-vergel. Hay, en fin, ciudades-campamento, surgidas por un acto de voluntad allí donde sus fundadores pensaron que mejor convenía a sus fines históricos, a su idea feliz o descabellada de lo que esa ciudad tenía que ser. Más de una vez he dicho que Madrid comenzó siendo y ha sido durante siglos una ciudad-campamento, y esta peculiaridad de su origen ha condicionado en muy buena medida su segunda naturaleza, su modo de ser como ciudad; en definitiva, el modo de ser de quienes en Madrid vivimos.

Las ciudades tienen asimismo su libertad. ¿No dijeron los antiguos

griegos que la *eleuthería,* la libertad, es una de las notas constitutivas de la vida en la *polis?* Pero al hablar ahora de la libertad de las ciudades no me refiero en primer término a la *eleuthería* helénica, sino a la parte que la libertad personal de los habitantes y regidores de una agrupación urbana tiene en la determinación de lo que esa agrupación ha llegado a ser y va siendo. Madrid ha sido, por un lado, lo que su naturaleza le ha obligado o le ha movido a ser; y por otro, lo que los madrileños —si queréis, los habitantes de Madrid— han querido que Madrid sea. Sobre la naturaleza —contra la naturaleza, a veces—, la libertad, el libre albedrío.

Las ciudades tienen, por otra parte, situación. No sólo la situación geográfica que les da su naturaleza; también la situación histórica que día a día y siglo a siglo les va deparando el destino del país y del área cultural a que pertenecen. España, Europa, el Occidente, han sido para Madrid el escenario y la fuente de sus diversas situaciones sucesivas, comprendida la actual. Sin tener esto muy en cuenta, carecería de toda consistencia nuestra reflexión acerca de la misión cultural de Madrid. Haríamos, en la peor de las acepciones del vocablo, puro bizantinismo.

Pero vocación, en el sentido propio de esta palabra, ¿puede tenerla una ciudad? Y sin vocación, ¿es concebible la misión, la orientación más o menos determinada del quehacer que sobre la tierra debe cumplirse? En el sentido propio de la palabra «misión», las ciudades no la tienen. En un sentido analógico, sí. Porque los hombres que deciden lo que una ciudad ha de ser y ha de hacer —en cierta medida, todos sus habitantes— pueden sentir y creer que esa ciudad, la suya, «está llamada», como suele decirse, al cumplimiento de tales o cuales deberes y al logro de tales o cuales hazañas. Y tal creencia, continuada o variable a lo largo del tiempo, confirmada por los hechos o desmentida por ellos, es lo que constituye, en sentido analógico, la vocación de una ciudad.

¿Ha tenido Madrid una vocación? ¿La tiene hoy? ¿Cuál puede ser, cuál debe ser la vocación de Madrid, en orden a la cultura? Trataré de dar respuesta a estas interrogaciones. Mas no debo hacerlo sin dedicar unas palabras al segundo de los términos que integran el título de este ensayo: el término «cultural». No quiero perderme ahora en una digresión más o menos erudita —una más— acerca de lo que sea la cultura. Diré tan sólo que para mí cultura es, en sentido genérico, la forma en que se expresa —en que va expresándose— la condición verdaderamente humana de la vida del hombre; y en sentido individual, cada uno de los modos principales de esa expresión: cultura griega, cultura renacentista, cultura romántica, cultura francesa, alemana o española. Y añadiré que mi reflexión va a considerar casi exclusivamente

los aspectos intelectuales y literarios en que se manifiesta la cultura —la vida humana— de Madrid. Las artes plásticas, la música, la técnica, la religiosidad, la ordenación política, administrativa y económica del vivir, las maneras sociales de éste, tantas cosas más de las que integran la «cultura» quedarán, a lo sumo, elípticamente aludidas por mis palabras.

Ea, basta de preámbulos. Misión cultural de Madrid. Dentro de lo que Madrid es por naturaleza; dentro, por tanto, de lo que en cierto modo —sólo en cierto modo— está obligado a ser, ¿cuál es, cuál debe ser, en el orden de la cultura, la misión de la ciudad que así llamamos?

No hace falta vista de lince para advertir que por naturaleza segunda —en virtud, por tanto, de los hábitos histórico-sociales que le dan su ser propio— Madrid es una realidad urbana a la que de manera eminente pertenecen tres notas descriptivas y constitutivas. Es, en efecto, capital de España, ciudad de Occidente y concapital de un determinado idioma, el castellano. Preguntémonos, pues: dentro de nuestra situación histórica, ¿cuál puede ser, cuál debe ser la misión cultural de Madrid, en relación con cada uno de esos ingredientes de su segunda naturaleza?

I

Madrid, capital de España. No me lanzaré aquí a improvisar una teoría general de la capitalidad. Menos aún debo considerar los aspectos político-administrativos de esa posible teoría, tema para el cual mi inteligencia se halla *in puris naturalibus*. Diré tan sólo que, en el orden de la cultura, la capital de un Estado sólo llega a cumplir su misión siendo a la vez espejo, modelo, casa y escenario del país a que como ciudad pertenece. Es posible concebir la idea y hasta el proyecto de una capital puramente político-administrativa: tal es el caso de Brasilia. Pero en los viejos Estados europeos, cuyas ciudades, hasta las más campamentales, han ido experimentando un lento crecimiento orgánico —y a la larga, también en los Estados americanos: ahí está la historia de Washington—, en los viejos Estados de Europa, digo, no es posible concebir una capital que no deba ser y que de alguna manera no sea espejo, modelo, casa y escenario de la cultura de su país.

Espejo de esa cultura: lugar en que la cultura nacional, toda la cultura nacional, fielmente se refleja. ¿Cómo Madrid debe ser espejo de la total cultura de España? Por lo pronto, no olvidando que España es un país culturalmente diverso. Por imperativo conjunto del idioma y la costumbre, en España hay una cultura castellana, otra catalana, otra gallega y otra vasca. Y por obra exclusiva de la costumbre hay

en nuestro país, dentro de la cultura de habla castellana, modalidades —no sólo folklóricas— estrictamente castellanas, andaluzas, aragonesas y extremeñas; para no contar la expresión castellana, a veces dominante en la región, de Cataluña, Valencia, Galicia y Vasconia. La interrogación anterior debe ser más precisamente formulada: ¿Cómo Madrid puede ser espejo de la indudable diversidad cultural de España?

No faltará quien se contente mencionando la existencia de las llamadas «Casas Regionales». La realidad urbana de Madrid haría patente la diversidad de España albergando las varias instituciones en que esa diversidad cobra existencia corporativa: el Círculo Catalán, el Centro Gallego o la Casa de Zamora. Pero en lo tocante a la vida intelectual y literaria de la región o la provincia que nostálgica y sentimentalmente representan, ¿puede decirse que esas «Casas» sean espejo suficiente? No parece que la exigencia deba ser alta para dar una respuesta tajantemente negativa.

Algo análogo cabe decir —y ahora la cosa es más grave— en cuanto a las instituciones y a las personas que más propia y autorizadamente representan la «cultura» de Madrid; las «minorías rectoras», como suele decirse, de su vida intelectual y literaria. Entre los hombres que integran esas minorías, dentro de las instituciones —Facultades universitarias, Ateneos, sociedades diversas— a que pertenecen, ¿se conoce de manera suficiente lo que culturalmente han sido y están siendo las distintas regiones de España? ¿Cuántas de las personas verdaderamente cultas de Madrid son capaces de leer un poema, un cuento o un ensayo en catalán o en gallego? ¿Cuántas son —para no salir de la expresión en castellano— las que realmente saben «cómo está» la vida literaria en Sevilla, en Zaragoza o en Valencia? ¿Cuántos libros catalanes o gallegos —poemas de Carner, Riba o Espríu, semblanzas de José Pla, ensayos de García Sabell y tantos más— pueden ser vistos o hallados en nuestras librerías? Responda cada cual según su propia experiencia y considere *in mente* si la realidad de que esa experiencia procede es nacionalmente satisfactoria.

Además de espejo, la vida cultural de Madrid debe ser modelo para el resto del país. En cuanto espejo, la cultura de Madrid tiene que ser reflejante; en cuanto modelo, esa cultura está obligada a ser creadora. La virtud propia del espejo es la fidelidad; la virtud propia del modelo es la eminencia comunicable. Madrid no cumpliría de manera aceptable sus deberes de capital de España si de su seno no saliesen habitualmente hacia todas las regiones del país creaciones filosóficas, científicas y literarias —la histología de Cajal, el «esperpento» de Valle-Inclán, el pensamiento y el estilo de Ortega, la lírica de Juan Ramón y Machado, la prosa de Azorín, la historiografía de Menéndez Pidal y

Asín Palacios—dignas de servir de modelo a los españoles todos; respuestas ejemplares, en el orden de la inteligencia y de la expresión literaria, al hecho de vivir españolamente en el mundo y en el tiempo.

Cuidado: no trato de decir que sólo Madrid debe ser modelo cultural de España. En principio, toda ciudad puede y debe serlo, y más de una lo ha sido desde hace cuatro siglos. Modelo de España entera debió ser, en más de un aspecto, la Barcelona finisecular y *noucentista*, esa renacida y vigorosa Barcelona en que viven y crean Maragall, el primer Ors, Gaudí, Turró, Picasso, Casas y Nonell; y acaso hubiera cambiado la suerte de España si la eficacia real de aquel modelo barcelonés hubiese sido la que realmente merecía su eminencia.

Vengamos, sin embargo, a Madrid, a este Madrid amenazado de gigantismo en que nosotros nos movemos y somos. Es verdad: en alguna medida sigue siendo modelo de España. Serlo pertenece a su condición de capital; y dada la constitución real del país, parece inevitable que hacia éste irradie la influencia de los literatos, pensadores y hombres de ciencia que en Madrid hablan y escriben. Pero esa medida, ¿es verdaderamente satisfactoria, corresponde a la eminencia demográfica, económica y turística del Madrid actual? Más concreta y toscamente: la cultura de Madrid, su producción filosófica, científica y literaria, ¿en cuántos casos está, desde el punto de vista del magisterio que sobre España ejerce, a la altura de su industria hotelera o de la cifra de sus automóviles? De los «maestros» de Madrid, ¿cuántos lo son de veras? Conteste cada cual según su experiencia y su exigencia. Puesta la mano sobre el corazón, yo debo decir que mi respuesta dista mucho de contentarme.

Mas no sólo espejo de España y modelo para España debe ser Madrid. Debe ser también casa, la casa ocasional o permanente de todos los españoles que a Madrid quieran acogerse, cualesquiera que sean su procedencia y su lengua; y puesto que hablamos de cultura, la casa de todos los españoles a los que justificadamente pueda ser concedido el epíteto de «cultos». La virtud es ahora el ejercicio habitual de la buena acogida. ¿La posee realmente Madrid? En cierto sentido, sí, y de manera eminente. El título de «ciudad acogedora» se halla entre los que más general y complacidamente se otorgan a la antigua Villa y Corte. Pero junto a esta placiente realidad, dentro más bien de ella, ¿no hay acaso otra? ¿No es cierto que las categorías de «provinciano» y de «isidro» pertenecen con indeseable frecuencia a la estimativa cultural del madrileño? La magnificación del «casticismo madrileño» y la conversión del «tipo regional» en motivo de hilaridad, ¿no son, por desgracia, notas reiteradísimas de la vida literaria de Madrid, cuando en el artículo periodístico o en la escena ese vida se ha hecho costum-

brismo? Mientras el término «provinciano» posea un dejo despectivo en la boca o en la pluma de los residentes en Madrid —tantas veces desconocedores de que respecto de Unamuno, Maragall o Rosalía, muchos de ellos han sido provincianos y aun provincianísimos—, no podrá decirse que nuestra ciudad es auténtica casa de la cultura de España.

Y mucho menos —cuarto y último de sus deberes esenciales— escenario idóneo, lugar donde todo español eminente, cualesquiera que sean su procedencia y su lengua, pueda comparecer y brillar ante todo el país. Es inevitable repetir, a este respecto, una fórmula antes usada: algo hace Madrid para ser escenario de toda la cultura española; pero eso que hace se halla muy lejos de ser suficiente. El tímido germen que años atrás fueron los cursos de Jorge Rubió, Carles Riba y José María de Sagarra en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad madrileña, ¿dónde ha quedado? No, Madrid no es en medida satisfactoria escenario de nuestra cultura. Quiero limitarme, entre tantos posibles, a un *argumentum ex silentio,* el del barcelonés Salvador Espríu. Mientras un poeta como él no lea en una tribuna madrileña su espléndida poesía catalana —y, si él quiere, su excelente prosa castellana—, Madrid no será plenamente, en el orden de la cultura, verdadera capital de España.

Más de una vez he recordado la estrofa culminante del *Himne ibèric,* de Maragall.

En cada platja fa son cant l'onada,
mes terra endins se sent un sol ressó,
que de l'un cap a l'altre a amor convida
i es va tornant un cant de germanor.

O bien, prosaicamente traducida por mí en alejandrinos castellanos:

Deja la onda marina su canto en cada playa,
mas tierra adentro se oye sólo un eco final,
que de un cabo hasta el otro habla de amor a todos
y se hace poco a poco cántico de hermandad.

¿Resonará en Madrid, al fin, ese cántico? ¿Desde Madrid, ciudad capital de Iberia, se alzará un *Himno ibérico* que dé al de Maragall respuesta oportuna y fraterna?

II

Madrid, ciudad de Europa. Más exactamente, si de veras queremos vivir en nuestro siglo, ciudad de Occidente, de Euroamérica; entidad cultural ésta a la que, no obstante el eslavismo tradicional y las actuales tensiones políticas, no deja de pertenecer la Rusia soviética. Africa

no comienza en los Pirineos. Yo, al menos, no puedo y no quiero admitirlo. Ahora bien: ¿de qué modo debe cumplir Madrid su misión de ciudad de Occidente? Yo diría que siendo o intentando ser —dentro de su volumen, dentro de la peculiaridad que su constitutiva española le confiere— espejo, modelo, casa y escenario de la cultura de Occidente.

Espejo de la cultura occidental: ciudad en cuya vida intelectual y artística se refleje con viviente fidelidad cuanto en el orden filosófico, científico y literario han sido y están siendo Europa y América. Denunció hace años Ortega la «tibetanización» de España en ciertos momentos de su historia, su «radical hermetización hacia todo lo exterior, inclusive hacia la periferia de la misma España, es decir, sus colonias y su Imperio». Y cuando España se ha tibetanizado, Madrid, alcaloide de ella hasta cuando deja de ser microcosmos suyo, ha solido vivir absorto en sí mismo, cerrado por ignorancia complacida a lo que allende el Pirineo están pensando y sintiendo los gestores de la historia, y repitiéndose tontamente a sí mismo que sólo con la garantía de entrever de cuando en cuando su figura, sería de veras deseable la gloria eterna. Pues bien: frente al tibetanismo, la abertura. Frente a la tentación de vivirse a sí mismo como espejuelo, la resuelta voluntad de ser espejo de todo lo importante. Sólo así cumple Madrid la parte que en su misión cultural le imponen la diversidad de España y la diversidad de Europa.

No hay ciudad que en alguna medida no sea espejo del mundo a que ella pertenece. Menos aún si esa ciudad es la capital de un Estado. En tal caso, nunca faltará en ella una Universidad y, por lo tanto, un conjunto de cátedras donde en alguna forma se enseñe lo que la matemática, la filosofía, el derecho y la bioquímica están siendo a lo ancho de todo el planeta. Al lado de ella estarán —cumpliendo, a través de su probable nacionalismo inmediato, un superior designio de universalidad— los Institutos culturales de los países que se sienten protagonistas del pensamiento y el arte. Y entre la Universidad y esos Institutos culturales, una red de instituciones diversas —revistas, ateneos, sociedades científicas y literarias— en que el doble deber de «estar informado» y «estar al día» queda más o menos eficazmente atendido. El problema consiste, claro está, en saber si todos estos centros, como con lenguaje geométrico-administrativo suele decirse, cumplen satisfactoriamente su congrua función especular.

Una palabra, tópica desde hace decenios, da una vez más la clave de ese deber y declara el criterio con que su cumplimiento ha de ser juzgado: la palabra «autenticidad»». Una ciudad —Madrid en nuestro caso— deja de cumplir aceptablemente su condición de espejo cuando los diversos ingredientes de la cultura universal no son en ella auténticamente cultivados, o al menos expuestos: la astrofísica, la enzimología,

la sociología, la filología, la genética, el pensamiento filosófico, la creación literaria. Veamos, pues, cómo se llega a ser auténtico en la faena de reflejar la cultura del mundo a que se pertenece.

Tres son, a mi juicio, los requisitos de la autenticidad, cuando ésta atañe a la función del espejo: integridad, actualidad y lealtad. Integridad: que todo lo humanamente importante se halle presente en la cultura viva de la ciudad en cuestión. El hecho de que un país no sea marxista, ¿puede eximirle de conocer el marxismo y de entender lo que éste significa en la realidad y en la historia del mundo? Y lo que digo del marxismo, dígase del existencialismo, del neopositivismo y de todos los movimientos intelectuales más o menos alejados de los que en España —y, por tanto, en Madrid— parecen ser tranquilizadoramente «propios», «castizos» o «sanos». Actualidad: que la versión expuesta corresponda a lo que entonces está siendo aquello que se expone. Nada más penoso que asistir a la presentación de una doctrina —y más cuando quien la presenta abriga una intención polémica—, según lo que esa doctrina era veinticinco o treinta años antes. Lealtad: que la exposición del pensamiento ajeno traslade con fidelidad y, por tanto, con rigor lo que en esa ocasión dirían sus seguidores y secuaces, y no lo que por comodidad uno quisiera que hubiesen dicho. ¿Cuántos pelagianos y cuántos maniqueos *ad usum delphini* no ha inventado la necesidad de hacer polémica antipelagiana o antimaniquea? Desde Pelagio y Manes hasta Karl Barth o Jean-Paul Sartre, pónganse cuantos nombres se quiera.

La mutilación, el retraso y la deformación por pereza o por temor hacen imposible la autenticidad del espejo. Como uno de aquellos de superficie alabeada que había en la madrileña calle del Gato —es sabido que a ellos recurrió Valle-Inclán para explicar su teoría del «esperpento»—, el espejo, en tal caso, ofrece una imagen contrahecha de la figura que está reflejando; cómodo expediente para transmutar Apolos en Vulcanos o Vulcanos en Apolos. Aunque esta segunda transformación no suela ser empeño tan fácil.

Debo aquí añadir que la cultura de Occidente no consiste sólo en ofrecer a los hombres creaciones intelectuales o artísticas originales y válidas para todos ellos, el cálculo infinitesimal, la música de Bach o el método fenomenológico. Consiste también en conocer las culturas no occidentales —las del Oriente asiático, las del continente africano, las de los altiplanos mejicano y andino— para infundir en ellas cuanto en el Occidente es universal y para extraer de ellas lo que para todos los hombres pueda en ellas ser válido. Sin orientalismo y sin etnología, la cultura occidental no es completa. Y también a este esencial ingrediente debe llegar, si ha de ser verdadera, la autenticidad del espejo.

Me pregunto si la cultura de Madrid cumple en medida suficiente esta función especular. Si su Universidad, los institutos culturales que en su seno actúan y sus distintas sociedades intelectuales y literarias, procuran con el ahinco necesario que la realidad actual del pensamiento y del arte de Occidente —con la diversidad, los problemas y las excitantes tensiones internas que dan vida a uno y a otro— sea en Madrid auténticamente reflejada y llegue a ser auténticamente eficaz en la formación espiritual de sus habitantes; en unos, con todo el rigor exigible a quienes se mueven en niveles universitarios y académicos; en otros, según el modo incitador y alusivo que por sí mismas piden las varias formas de la «extensión cultural». Me lo pregunto, y de nuevo me veo obligado a darme una respuesta poco satisfactoria. Unas veces por pereza, otras por tibetanismo, algunas por un temor más o menos bien vestido de paternalismo intelectual, Madrid no pasa de ser, respecto de la actual cultura de Occidente, espejo insuficiente; o, lo que es más grave, espejo deformador. Con lo cual deja de cumplir íntegra, actual y lealmente una parte muy importante de su irrenunciable misión cultural. Al menos así me lo parece.

No sólo espejo; también modelo, casa y escenario del mundo occidental debe ser —de algún modo, en alguna medida— la cultura de Madrid. Modelo de la cultura de Occidente. No, claro está, *el* modelo de ella, sino de uno de los que en el cuerpo plural de esa cultura deben operar. París, Londres, Berlín, Roma, Viena, Nueva York y Moscú, tanto por sí mismas como por su condición de mediadoras del país a que pertenecen, reflejan o deben reflejar —digan sus conocedores cómo Moscú cumple hoy este deber— la rica diversidad cultural de todo el Occidente; y deben, a la vez, ofrecerle creaciones intelectuales y artísticas que él pueda hacer suyas. Dentro de la *unitas multiplex* que por esencia es la cultura occidental, todos sus miembros pueden y deben ser modelos de los restantes; cada cual en la medida de su volumen y de sus fuerzas. Así, sin la vehemente desmesura con que el genio unamuniano la propuso, plantearía yo hoy la consigna de la «españolización de Europa».

El número de libros traducidos a los distintos idiomas cultos, de dramas y comedias representados en escenarios extranjeros, de filmes proyectados allende las propias fronteras, de autores en los sumarios de las revistas de ultrapuertos y de conferenciantes en las tribunas científicas internacionales, da una idea precisa acerca de la eficacia con que un país o una ciudad son modelo para los restantes. Sí, Madrid produce libros traducibles y traducidos, y de Madrid salen comedias, filmes, articulistas y conferenciantes hacia los varios países del

mundo occidental. ¿En medida suficiente? ¿En la que debe corresponder a una ciudad europea de dos millones y medio de habitantes? No lo creo.

III

Madrid, en fin, concapital de la lengua castellana. Concapital, porque de ese mundo son también capitales Buenos Aires, Méjico, Santiago de Chile, Bogotá y quince ciudades más. A su condición de capital de España y de ciudad de Occidente, Madrid une la que le confiere el idioma que sus gentes hablan.

¿Qué deberes le impone esta esencial nota de su propio ser? Por lo pronto, uno: el de ser sensible a lo que histórica y humanamente representa el empleo habitual de su idioma; un idioma que de alguna manera configura el espíritu de ciento cincuenta millones de hombres. La nobleza fonética y semántica del castellano—la excelencia que su propia naturaleza le confiere—subsistiría idéntica aun cuando sólo lo hablasen, como en tiempos del Conde Fernán-González, los habitantes de «un pequeño rincón» de Iberia; pero además de esa intrínseca nobleza, perceptible cuantas veces se le oye dignamente pronunciado, posee otra de orden histórico, la que a lo largo de casi cinco siglos le ha añadido su creciente extensión universal.

Tal vez no sea inoportuno que yo cuente aquí mis cuatro máximas emociones de hispanohablante, los cuatro momentos en que mi sensibilidad al hecho de hablar castellano ha sido más recia y hondamente conmovida.

El primero, cuando descubrí que el castellano es *levadura;* y que, como tal, transforma sin apenas ser transformado. Tal es la experiencia lingüística que ofrece Buenos Aires. Hacia 1850, Buenos Aires era un pequeño burgo criollo junto a las aguas leonadas del Río de la Plata. Pronto llegó el aluvión de los inmigrantes; y entre ellos, al lado de los gallegos, los castellanos y los vascos, dominándoles en número, los italianos, los ingleses, los dálmatas, los polacos, los alemanes, los libaneses. ¿Qué iba a pasar con el castellano? ¿Quedaría anegado por esa descomunal inundación lingüística, sería al fin disuelto por ella? Ciertos fenómenos suburbanos—el lunfardo de la Boca, la lengua franca de «compadritos» y «malevos», la letra de los primeros tangos—así lo hacían temer. ¿Cómo olvidar, valga este solo alto ejemplo, la pretensión idiomática y estilística subyacente a *El hombre de la esquina rosada,* de Jorge Luis Borges? Pero el castellano, por obra de los criollos de Buenos Aires y de los «gallegos» de la Península Ibérica, ha prevalecido y es cada día más vigoroso. Borges ha venido

a ser un clásico de él. Y sin renegar de su estirpe, y aunque no deje de operar en ellos la sugestiva querencia porteña, los Groussac, las Storni, los Marechal, los Molinari, los Sábato, los Levene y Levillier, los Houssay, los Battistesa, Dell'Oro y Amadeo, en el castellano común piensan y escriben. Envuelto por la sobreabundante harina de los restantes idiomas, el castellano ha actuado como levadura, y la Argentina sigue siendo patria segunda de todos los que en ese idioma tenemos, unamunianamente, «la sangre del espíritu».

El segundo, cuando el castellano se hizo ante mí, como tantas veces en cuatro siglos, *huésped de la soledad cósmica.* Fué, hace casi veinte años, en una playa de Chile, al sur de Concepción. Unos amigos me habían llevado hasta allí. Entre los Andes y el Pacífico, sólo el rumor de las olas que venían a morir sobre la arena. Todos callamos, ganados por un extraño y fuerte sentimiento de primeros pobladores del cosmos. Y en aquel momento, surgente de nunca sabré dónde ni quien, una voz que decía en nítido castellano: «¡Oye...!» Mi idioma llegaba entonces a mi oído como si fuese, sobre la haz entera del planeta, el único testimonio sonoro de la condición humana.

El tercero, en un poblado indio del Ecuador. Un grupo de españoles, congregados por una asamblea iberoamericana, íbamos en excursión festiva hacia la línea equinoccial; y el vocero de la comunidad, vestido con el poncho dominguero, nos recibió leyéndonos una inolvidable salutación que comenzaba así: «¿Te acurdais, amu de la Mamatierra Ispaña, del otro lado de la cocha (el agua, el mar), cuando hezú de vener el patrún Crestóbal Colón, hace timpus? Le hicimos de ver lo que llegó con rupa de fierru, cun caballo asustador y cun palu que mandaba truenos...» Ahora, el castellano se me revelaba, conmovedoramente, como *agente de occidentalización,* como primera y tosca argamasa de una expresión humana que a través de él se asomaba por vez primera al ámbito de la historia universal.

El cuarto, hace pocos meses, en un programa de televisión destinado a presentar al público español los sefardíes de Jerusalén y Tel-Aviv. Un viejo hablaba con sencillez y soltura el antiguo ladino, y mediante él nos hacía llegar los recuerdos de su estirpe. A través de años, leguas y mil diversas vicisitudes —entre ellas, las terribles deportaciones y matanzas de Salónica—, el castellano mantenía indemne su sonido del siglo xv y aparecía ante mí como un viejo *aderezo familiar;* ese que a veces puede ser conservado de generación en generación, y en medio de los usos y las modas del mundo en torno es usado para dar testimonio de la pertenencia al linaje propio. Un linaje, en este caso, hecho más de lengua que de sangre, más de alma que de tierra.

¿Es Madrid bastante sensible a la diaria distinción que le da el hablar y el escribir en castellano? ¿Procura con suficiente empeño la perfección de su idioma propio? A través de él, ¿trata de ser espejo, modelo, casa y escenario del mundo que como suyo lo habla? ¿Está suficientemente informado de lo que ha sido y es la cultura de ese mundo? Y si no lo está, ¿tiene al menos conciencia de no estarlo? ¿Cuántos de los libros editados en Iberoamérica llegan hasta él, cuántos de los en él editados llegan a Iberoamérica? ¿Cuántos docentes y conferenciantes de ultramar ocupan sus aulas y tribunas? ¿Cuántos articulistas hispanoamericanos aparecen habitualmente en sus diarios y revistas? ¿Acaso los que exige su condición de concapital de una lengua planetaria?

Preguntas, nuevas y reiteradas preguntas. Contéstenlas con precisión los poseedores de datos y estadísticas; y luego de haberlas contestado, díganos cuánto dinero y qué instrumentos inéditos serían necesarios para remediar la deficiencia. Porque deficiencia, esto es lo que ahora importa, la hay. Madrid, capital de España, ciudad de Occidente y concapital de la lengua castellana, no cumple satisfactoriamente su exigente misión cultural. Despertar entre los habitantes de Madrid esta inquietud, suscitar en algunos de ellos la ambición de ser titulares y operarios de una ciudad que en el orden de la cultura es lo que debe ser —señalar, en suma, la actitud intelectual y moral previa a presupuestos y organizaciones—, era el único objetivo de mi ensayo. Si éste es leído con buena voluntad, acaso no resulte del todo inútil.

Pedro Laín Entralgo
C/ Ministro Ibáñez Martín s/n.
MADRID-15